

M. Wikinski, *El trabajo del testigo*,
Buenos Aires, La Cebra, 2016

Leonor Arfuch

- La diferencia entre leer por tramos, en anticipación, a tener el libro –el objeto– terminado, aunque siempre provisorio, ante los ojos. Y no poder abandonar la lectura, seguir como un hilo invisible que no es otra cosa que el hilo de un pensamiento que se fue articulando, año tras año, en una síntesis iluminadora entre teoría y práctica analítica, pero también entre política y poética –porque es un libro, en definitiva, poético– y en una búsqueda profunda, comprometida, infatigable, para definir una vez más, en relación a la figura del testigo, cómo puede –o debe– entenderse la ética.

- En el libro hay una voz, una voz reconocible, que sabe mantener una distancia para que el lector haga lo suyo pero sin renuncia a expresar el avatar vivencial de una escritura: las inquietudes, las preguntas, las dudas acuciantes, las respuestas que se aventuran en un terreno inhóspito y también el atrevimiento de la crítica, que desafía la supuesta sacralidad de lo intratable.

- La voz y la escritura: una tensión entre los tonos audibles en el texto, el susurro, la intensidad, el énfasis, y el devenir retórico de la palabra que se abre a múltiples sentidos. La misma tensión quizá, que atraviesa el trabajo del testigo, esa distancia que va de la voz a la escritura, del decir *en presencia* de un otro, a ese desafío que supone tratar de cobijar, en la arti-

culación denodada de las frases, en esos signos misteriosos que vienen a disputar el blanco de la página, lo decible y lo indecible de la experiencia traumática.

- En esta tensión entre la voz y la escritura Mariana encuentra un lugar desde donde interrogar(se) sobre la figura del testigo, que elude –y discute– sentidos comunes o comúnmente acuñados: ni la reverencia ni la sacralización, ni la sospecha ni la sola compasión, sino más bien el reconocimiento y la hospitalidad, el recibir esa palabra y ofrecerle un amparo, una escucha atenta a la vibración, a lo que dice y lo que calla, a lo que oculta, lo que enmascara y lo que exhibe, a veces en el borde de lo abyecto. La escucha como un don, como disposición –y afectación– hacia el otro, como responsividad y responsabilidad por el otro, una de las maneras de concebir la ética.

- Una interrogación no sólo atenta a la revelación que la palabra del testigo trae al mundo en tanto prueba de lo acontecido, sino también a la forma del decir e incluso a su límite: allí donde quizá deba crearse el lenguaje mismo capaz de traducirlo. Y aquí aparece la inquietud de los géneros, el testimonio como uno de ellos, cargado de una ética y una historicidad, una promesa de veridicción y una explícita solicitud dialógica: se habla *para y por* un Otro, otro con mayúscula y minúscula, dice Mariana, en la indefinición de la Otridad constitutiva y en la cercanía de alguien que la encarna. Y también se habla *por* otro, en el caso de quien *ha visto* o ha sobrevivido al infausto destino de quienes no pueden hablar. Ese es un tramo medular del libro, que la autora recorre a paso lento, al amparo de la filosofía y de la poesía, sin desdeñar tampoco la ficción, o mejor, la idea de ficcionalización.

- Y con esta idea, que parece contradecir la verdad intrínseca que supone el testimonio, la teoría literaria también se integra a su reflexión: no hay palabra, por más veridictiva que se postule, que pueda escapar a los mecanismos

enunciativos de puesta en discurso, a las reglas del género de que se trate, a la temporalidad narrativa y sus acentos valorativos, a los tonos de la subjetividad —el propio idiolecto, dirían los lingüistas— a los desvaríos o las brumas de la memoria... Recaudos que no le restan valor sino que se ofrecen, como es el caso, a una más aguda mirada analítica. Y en este camino también cabría preguntarse si el testimonio no se desliza subrepticamente en otros géneros, en la novela, la autobiografía o la autoficción, y hasta en la conversación cotidiana, que a veces gira en torno de la confesión. El crítico Paul de Man decía que en el límite, toda escritura es autobiográfica en tanto da cuenta de un *quién*, y quizá hay también algo de eso en el testimonio, por más que se presente, en su versión más canónica, como palabra inestimable y prueba ante la justicia. Una vez más es el “contrato de lectura” el que marca el derrotero de la recepción y consecuentemente la molestia que su infracción genera: lo dicho “fuera de género” puede ser visto como una falla ética.

- Si hay crímenes imprescriptibles me gustó el concepto de “imprescriptibilidad subjetiva” de Mariana, como resguardo de la reiteración de la palabra —y del testimonio— ante la temporalidad cambiante de la memoria y del relato: el paso del tiempo sobre aquello que nunca se mantiene idéntico a sí mismo y que puede aflorar de maneras disímiles y hasta contrapuestas. Otro modo de decir que nunca se cuenta la misma historia aunque se trate de un mismo acontecido. Es notable además la indagación sobre la humillación y la vergüenza —dos afectos que suelen acompañar el testimonio—, en un registro de gran delicadeza.

- También me gustó la idea de la memoria en tanto presente pero ligada a huellas arqueológicas, vestigios, fragmentos, desperdicios, que de pronto emergen formando nuevas constelaciones de sentido. Nada se olvida, por más que tengamos velos de protección, y el “tiempo recobrado” no siempre es venturoso. El eco benjaminiano del narrador se cuele asimismo en esta reflexión, recordando, sobre todo para los jueces, que toda narración está encarnada en la vida del relator y que, por más objetiva que se pretenda, no puede escapar a los acentos propios de una voz.

- Es así que, atenta desde hace mucho a las narrativas de la memoria, me encontré, en un atardecer en Valparaíso, con un testimonio totalmente inesperado después de visitar una muestra con el sintomático título de *Alzheimer* en el Centro Cultural de la Vieja Cárcel. Fue como respuesta a una pregunta casi informativa: si esa cárcel, ahora Museo, había sido un centro clandestino de detención. El cuidador de la muestra, que venía por el sendero al fin de su tarea, empezó a contestarnos: que sí, que por supuesto, que él sabía bien porque había sido conscripto bajo la dictadura y lo había *visto todo*. El señor Ruiz habló, mientras el sol se iba atenuando sobre el puerto y el mar, el viento comenzaba a levantarse y los últimos visitantes se iban, habló sin pausas, sin intervalos, sin respiro. Contó de sus guardias en el Estadio Nacional, de los mensajes para los familiares que llevaba ocultos con riesgo de requisa, de sus distintos traslados, de las ambulancias llenas de muertos y no de heridos para salvar, de las estrategias para no disparar cuando se estaba a cargo, de la eternidad de cada día, de la desesperación, del miedo...

- Mucho más de una hora transcurrió sin que el relato se interrumpiera, con una voz monocorde y sin una sola alteración de la sintaxis, sin que atináramos siquiera a movernos de la curva del camino donde lo encontramos, insensibles al viento, al tiempo y a lo que pasaba alrededor. Ese relato, surgido al azar, sin cita previa, sin “cuestionario” de investigación, sin que el narrador supiera siquiera nuestros nombres –nos presentamos después–, fue una verdadera *experiencia* –en el sentido benjaminiano– que nos dejó a su vez sin habla. Ese es quizá uno de los mayores dones que nos deja este libro: el de interrogarnos sobre nuestro propio lugar y nuestra responsabilidad ante esa palabra del otro –seamos jueces, analistas, maestros, transeúntes– cuanto intenta narrar –compartir– la experiencia traumática.